

jeábase Napoleón de que el mariscal Suchet extendería su acción hasta Granada; de que el ejército de Andalucía podría entonces trasladarse casi entero hácia Extremadura, de que reuniéndose por lo menos la mitad de este ejército al de Portugal, fuerte ya otra vez de cincuenta mil hombres con el ingreso de los heridos, enfermos y destacadas, se podría penetrar con setenta mil hombres en el Alentejo, mientras el ejército del Norte, ya reforzado con las dos divisiones de la reserva, descendería por su parte sobre el Tajo por el camino que habia seguido Massena, é iria á incorporarse á estos setenta mil hombres. No desesperaba Napoleón de empujar entonces vivamente á los ingleses y de arrastrarlos muy cerca del precipicio que tenían detrás de ellos, obstinándose en permanecer en Lisboa. Hasta esperaba, aun aspirando á tan vastos resultados, poder retirar su Joven Guardia, si bien á condicion de reemplazarla por medio de los cuartos batallones de Drouet, vueltos á llevar á Bayona y completados ya con los quintos de 1811 y 1812, lo cual debería compensar, al menos con referencia al número, la partida de los regimientos de la Guardia. Por las resultas se va á juzgar, si este gran genio, asombroso y todo, podia prescindir de ver las cosas de cerca para avalorarlas juiciosamente.

No se inclinaba menos Suchet que Napoleón á la conquista de Valencia. Pero de los cuarenta mil hombres útiles que poseía de los sesenta mil que formaban el nominal efectivo, habia perdido cuatro ó cinco mil tanto en el sitio de Tarragona como en las operaciones subsiguientes, y de los treinta y cinco mil restantes necesitaba destacar

doce ó trece mil cuando menos para custodiar á Aragon y la baja Cataluña. No podía pues emprender la marcha con mas de veinte y dos ó veinte y tres mil hombres, y eran muy pocos para dar cima á la conquista de Valencia. Se habia adelantado ya hasta las puertas de esta gran ciudad y pudo juzgar de lo árduo de la empresa, pues habia que tomar de paso á Peñíscola, Oropesa, Sagunto, y que ocupar despues á Valencia á viva fuerza, á Valencia defendida por todo el ejército de los valencianos, por el de los insurgentes de Murcia, y hasta por el ejército de Blake, que se componia de las dos divisiones de Zayas y de Lardizabal, llevadas el mes anterior de las orillas del Albuera á Granada. Sin embargo, cualesquiera que fuesen las dificultades, el mariscal Suchet abrazó su partido, dejó una division entre Lérida, Tarragona y Tortosa á las órdenes del general Frere, para guardar la baja Cataluña, otra junto al Ebro á las órdenes del general Musnier, para guardar á Aragon, y marchó con veinte y dos mil hombres sobre Valencia. Segun su costumbre, esmeróse en acopiar á su espalda municiones de boca y guerra. Su gran depósito fué Tortosa junto á la embocadura del Ebro. Allí juntó, despues de repararlo, el parque de sitio de que se sirvió en Tarragona; allí formó vastos almacenes, abastecidos con excelentes trigos de Aragon por catorce barcas bien escoltadas, que iban y venian por el Ebro de Mequinenza á Tortosa: allí se debia ir á tomar las municiones de guerra y de boca, siguiendo el camino á lo largo del mar desde Tortosa hasta Valencia. Por lo que hace á la carne, cada regimiento debia trasportarla, llevando consigo un rebaño de carneros.

Tomadas estas precauciones, el mariscal Suchet partió el 15 de setiembre de 1811 para Valencia, marchando en tres columnas. Con la principal de ellas, compuesta de la division de infanteria de Habert, de la brigada de Robert, de la caballeria y de la artilleria, siguió el camino real de Tortosa á Valencia: con la division italiana de Palombini tomó á la derecha por las montañas de Morella á San Mateo; y con la division francesa de Harispe á través de las montañas de Teruel mas á la derecha. Despues de barrer de contrarios estos diversos caminos, debian operar su union delante de Murviedro, á la entrada de la hermosa llanura, que lleva el nombre de Huerta de Valencia.

No encontró el ejército obstáculo formal en ninguna parte, y ahuyentó por delante á cuantos corredores infestaban el territorio. Siguiendo la principal columna el camino real de Tortosa, tuvo que vencer sola diversas dificultades, como las de los castillos de Peñíscola y de Oropesa, que dominan á la vez el mar y la calzada. Respecto del castillo de Peñíscola, como forma hácia el mar la punta saliente, y se halla á alguna distancia del camino, limitóse á repeler hácia el recinto á la guarnicion, que intentó una salida, y siguió adelante, dejando un destacamento para ocupar el paso. No se podia proceder de igual modo delante de Oropesa, que batia á la vez la rada y el camino. Para evitarlo, se dió un rodeo de dos ó tres leguas, difícil para la artilleria de campaña, é imposible para la artilleria de sitio. Pero como esta se habia dejado en Tortosa, con el proyecto de hacerla venir cuando se estuviera en posesion de la llanura de Valencia, se resolvió continuar la marcha, sin per-

juicio de enviar despues algunos batallones sobre Oropesa, para abrir el camino real al parque de sitio.

Ya el 20 de setiembre se hallaron juntas las tres columnas en las cercanías de Castellon de la Plana. Al paso del Minjares, torrente que baja de las montañas al mar, hallaron el 21 algunos centenares de españoles. Los ahuyentaron los dragones, y el 22 llegaron á la entrada de esa magnífica llanura semicircular de Valencia, cuya circunferencia está formada por vistosas montañas, cuyo centro, cruzado por numerosos canales, sembrado de palmeras, de olivos, de naranjos, se halla cubierto de abundosos cultivos, y cuyo diámetro está formado por un mar resplandeciente, á cuya orilla se alza Valencia con sus numerosas torres. Entrando allí por el Norte (con efecto el ejército bajaba del Norte al Mediodia) el primer obstáculo que se ofrecia era la ciudad de Murviedro, poblacion abierta, pero edificada al pie de la roca donde existió la antigua Sagunto, y donde quedaba un castillo, compuesto de una mezcla de construcciones romanas, árabes y españolas. Tres mil hombres con víveres y municiones ocupaban este castillo, y no se les podía dejar á la espalda, yendo á embestir á Valencia, defendida por un ejército completo. Efectivamente el general Blake se acababa de juntar á los valencianos con las dos divisiones de Zayas y de Lardizabal.

Llegado el dia 23 hizo el mariscal Suchet que el general Habert ocupara la ciudad de Murviedro, lo cual no fué muy difícil, aunque la guarnicion bajara de su guarida para salvar la ciudad situada á sus plantas. Se hizo dueño de Murviedro, y á

pesar del fuego vivísimo del castillo, se estableció en las casas que le daban frente, barreándolas, almenándolas y obligando así por todas partes á la guarnición á encerrarse en su reducto, pero no se podía ir allí en su busca, porque era casi inaccesible.

Después de examinar atentamente este castillo, tan incómodo para el ejército, hallóse que era inabordable por todas partes, salvo una, la del Oeste, por donde se unía á las montañas que forman el contorno de la llanura de Valencia. Por este lado conducía á las primeras obras una pendiente bastante suave. Estas obras consistían en una torre alta y sólida, que obstruía la roca larga y estrecha sobre la cual se halla edificada la fortaleza, y que se enlazaba á las otras torres que componían el recinto por fuertes murallas. Largo y mortífero pareció el plan de avanzar con aproches regulares sobre este terreno enteramente escueto, donde no había medio de cubrirse mas que con sacos de tierra, y adonde debía costar sumo trabajo que subiera la artillería de grueso calibre. Se tenía extremada confianza en las tropas, que habían dado tantos asaltos extraordinarios, y resolvióse improvisar el ataque por medio de la escalada. A la media noche del 28 de setiembre, dos columnas de trescientos hombres escogidos, armados de escalas, sostenidos por reservas, se aproximaron á la fortaleza, escogiendo el punto por donde parecía mas fácil su escalamiento. Por una singular coincidencia la guarnición había elegido aquella misma noche para efectuar una salida. Se la rechazó vigorosamente, pero estaba alerta, y no era ocasión de intentar sorprenderla. Por desgracia las columnas de

asalto se hallaban en movimiento, llenas de un ardor difícil de contener, y en medio de la confusión de una salida rechazada, no fué posible enviarlas contraórden. Sus escalas plantó la primera y tentó osadamente trepar á lo alto de los muros: pero no alcanzaban las escalas, ni había bastantes, y además la tentativa era conocida por el enemigo, de manera que, donde remataba cada escala, había hombres furiosos, disparando á quema-ropa, y derribando á golpes de pica y de hacha á los asaltadores bastante atrevidos para intentar traspasar los muros. Imposible fué de consiguiente la escalada. Habiéndose obstinado la segunda columna en renovar el ataque, fué repelida de igual modo, y esta tentativa azarosa, ideada para ahorrar tiempo y sangre, nos costó cerca de trescientos hombres muertos ó heridos sin ningun fruto.

Muy afligido el mariscal Suchet por este descalabro, se vió de resultas en la necesidad de volver á las vías ordinarias. Indispensable parecía un sitio en regla para señorear la roca de Sagunto. A algunos ocurría como preferible cubrir este obstáculo con un simple destacamento, y marchar sobre Valencia; pero, habiendo ya descuidado el mariscal á Peñíscola y Oropesa, no se atrevió á dejar á la espalda un tercer puesto cerrado, que contenía una guarnición de tres mil hombres, y quiso poseerlo antes de llevar mas adelante sus operaciones.

Habia que mandar traer de Tortosa la artillería de grueso calibre de sitio, y que tomar con este fin á Oropesa, que interceptaba el camino del todo. Por consiguiente se dispuso que el general Compe-re se trasladara con los napolitanos en número de

mil quinientos hombres delante de Oropesa, y que se dirigiera á este punto desde Tortosa el convoy de la artillería de grueso calibre. Guiados los napolitanos por soldados franceses del arma de ingenieros comenzaron los trabajos de aproche, y adelantaron con mucho ardor y gran intrepidez en ellos. Ya el 9 de octubre pudieron establecer la artillería de brecha, armarla con algunas piezas de grueso calibre, y abrirse una entrada en la principal torre de Oropesa. No queriendo arrostrar la escasa guarnicion que la guardaba las eventualidades del asalto, rindióse el 10 de octubre. Allí se encontraron algunas municiones, se estableció un puesto, y se pudo llevar sin obstáculo hasta el campo, debajo de Murviedro, el parque de la artillería gruesa.

Vueltos al ejército, del cual se habian alejado con licencia temporal algunos dias, los generales Valeé y Rogniat, fijaron el plan de ataque contra el castillo de Sagunto. Decidieron que fuera embestido por el Oeste, es decir por las cuestas que lo unen á las montañas. Se necesitaba abrir la trinchera en un terreno muy duro y á las veces en roca viva, empleando la mina al efecto, y caminar hácia un grupo de murallas y de altas torres y tan dominantes que desde lo alto de ellas se nos abrumaba terriblemente, dejándonos cada dia treinta ó cuarenta hombres fuera de combate. Además todo habia que llevarlo á la tal altura, hasta los escombros que llenaban nuestros sacos de tierra, lo cual nos impedía dar á nuestros espolones el espesor que era de desear, otro inconveniente grave, pues no ofrecían mas que un abrigo muy insuficiente. Mientras se llevaban á cabo estos trabajos peno-

sos, los gefes de partidas, que infestaban las montañas de Teruel, de Calatayud, de Cuenca, situadas entre la provincia de Aragon y la de Valencia, se movian mas activamente que nunca, atacaban nuestros puestos, nos quitaban nuestros ganados, y no se podia diferir el envio de columnas hácia la espalda para reprimir su osadía.

Impaciente por superar el molesto obstáculo que le detenía, anhelaba el ejército que se le permitiese el asalto tan luego como fuera posible. Nada se deseaba con mas vehemencia, pero el establecimiento de baterías bajo el continuo fuego de los españoles, habia costado penas infinitas y pérdidas sensibles, y no se pudo batir en brecha hasta el 17 de octubre. Nuestra artillería, hábilmente dirigida, destruyó los primeros revestimientos. Pero en el exterior de las murallas se hallaban antiguas mamposterías duras como peñas, y los españoles, animados de una energía, que apenas les habiamos visto en Tarragona, presentándose al descubierto ante el fuego de la artillería de brecha, apuntaban á nuestros artilleros, los derribaban hombre á hombre, y entibiaban nuestros esfuerzos.

Por último el 18 por la tarde fué declarada practicable la brecha, aunque presentaba un escarpe difícil de trasponer todavía, y se dispuso el asalto. En pie los españoles sobre la brecha, y sobre la cima de la torre, en que habia sido practicada, se hallaban armados de fusiles y de hachas y lanzaban gritos feroces. Con cuatrocientos hombres escogidos y sacados de los regimientos 5.º de ligeros y 114.º y 117.º de línea y de la division italiana, se adelantó el coronel Matis osadamente bajo un violentísimo fuego. A pesar de la audacia de

los asaltadores, tan escarpada estaba la brecha y tan vivo era el fuego de la fusilería que fueron derribados los soldados que intentaron trepar por aquellos escombros, y fué menester renunciar á la tentativa despues de una nueva pérdida de doscientos hombres muertos ó heridos. Asi esta aciaga ciudadela de Sagunto, contando la primera escalada fallida y las pérdidas experimentadas durante los trabajos, nos costaba ya de setecientos ú ochocientos hombres sin fruto alguno. Asistiendo á este espectáculo el ejército valenciano desde el centro de la llanura, sentia aumentársele de hora en hora la contianza en sus murallas propias, y despues de haber visto fracasar los esfuerzos del mariscal Moncey contra Valencia en 1808, y los del general Suchet en 1810, se lisonjeaba de que lo mismo resultaria de la teutativa de ahora.

Sobre este ejército tan lleno de alborozo pensaba el mariscal Suchet descargar su venganza: yendo á batirle á todo trance esperaba reparar los descalabros que le habia hecho sufrir la obstinadísima guarnicion de Sagunto. Con efecto discurria que, si lograba batir al ejército valenciano en campo raso, se desalentaria la tropa que defendía aquel castillo, y quizá tomaria á la vez á Sagunto y Valencia por el solo influjo de los efectos morales. Mas para encontrar al ejército enemigo no hubiera querido desviarse mucho de Sagunto, ni acercarse demasiado á Valencia, y trataba de descubrir un terreno por donde le pudiera salir al frente, cuando el mismo general Blake vino á ofrecerle la ocasion que apetecia.

Si nos habia causado perdidas la guarnicion de Sagunto, tambien las habia experimentado: ya to-

caban á su término sus fuerzas morales, descaba ser socorrida, y lo pedia por señales hechas á los barcos que cruzaban á lo largo de la playa. No menos de treinta mil hombres que presentar en línea contaba el general Blake, incluidas las divisiones de Zayas y de Lardizabal, las mejores de España. Se le unieron ademas los murcianos á las órdenes del general Mahy y el bizarro guerrillero Villacampa.

De consiguiente avanzó por medio de la llanura, alejándose de Valencia y aproximándose á Sagunto, en ademan de un caudillo dispuesto á presentar batalla. Vivo gozo sintió el mariscal Suchet y se aprestó asimismo á la pelea. Ambos ejércitos se hallaron uno en frente de otro el 25 de octubre por la mañana.

Situóse el general Blake á la derecha, mas allá de un barranco llamado del Picador y á lo largo del mar la division de Zayas, á quien debia apoyar con sus fuegos la escuadrilla española: en el centro la division de Lardizabal con toda la caballería de los españoles á las órdenes del general Caro, á su izquierda la division valenciana de Miranda, la del guerrillero Villacampa, y últimamente y mas á la izquierda la division de Mahy, con el designio de rebasarnos por las montañas. Segun acabamos de indicar debia tener alrededor de treinta mil hombres, tan buenos como á la sazón los podia suministrar España. Los demas habian quedado en custodia de Valencia.

No contaba el mariscal Suchet con mas de diez y siete ó diez y ocho mil soldados, obligado como estaba á dejar alguna gente delante de Sagunto; pero estos diez y siete ó diez y ocho mil hombres suplian ampliamente la falta de número con su

dennedo. A su izquierda á la parte del mar situó á la division de Habert en frente de la de Zayas; en el centro opuso la division de Harispe, la division italiana de Palombini, el 4.º de húsares, el 33.º de coraceros, el 24.º de dragones á la division de Lardizabal: últimamente hácia la izquierda, en el desemboque de las montañas, encargó á las brigadas de Robert y Chlopiski, y á los dragones italianos de Napoleon, que hicieran frente á las tropas de Miranda, de Villacampa y de Mahy, las cuales amenazaban cortarnos por el camino de Tortosa, nuestro único punto de retirada. Nuestras compañías de ingenieros con la infantería napolitana debian proseguir batiendo los muros de Sagunto mientras durase la batalla.

Efectivamente, no bien asomó la aurora comenzaron el cañoneo las tropas empleadas en el sitio, interin el ejército del general Blake se movia en toda su línea, adelantándose hácia la nuestra. En este momento el mariscal Suchet recorría el campo de batalla con un escuadron del 4.º de húsares, cuando á la parte del centro descubrió á los españoles de Lardizabal avanzando con orden y aplomo hácia una loma, que podia servir de punto de apoyo á toda nuestra línea. Al descubrirlo mandó que la division de Harispe corriera allí á toda prisa, y como los españoles nos llevaban la delantera, lanzó en contra de ellos los húsares para que atajaran su movimiento. Aunque los húsares atacaron con grande brio, fueron rechazados por los españoles, quienes treparon bravamente á la loma y se establecieron en su cima. Llegando el general Harispe cuando ya estaba ocupada la loma, no se turbó por ello, antes bien siguió adelante á la cabeza del 7.º

de línea formado en columnas por batallon, dejando en reserva al 17.º de línea con el 3.º del Vistula. Los españoles hicieron un fuego extremadamente vivo, y sostuvieron el choque con mas firmeza que de costumbre. Pero el 7.º de línea los acometió á la bayoneta y los puso en fuga. De seguida toda la division de Harispe se desplegó delante de la division de Lardizabal, que se detuvo mientras las dos alas del ejército español continuaron ganando terreno. Inmediatamente resolvió Suchet aprovecharse de esta situacion para cortar al ejército español por el centro; de consiguiente hizo avanzar á la division de Harispe, y moderó por el contrario el movimiento de la division de Habert á su izquierda, y el de las brigadas de Robert y Chlopiski á su derecha. Mientras estas órdenes eran ejecutadas, habiendo llevado hácia adelante el comandante del escuadron de artilleros Duchanet con mucha audacia toda la artillería de la division de Harispe, á fin de disparar á metralla contra la infantería de Lardizabal, fué atacado por toda la caballería del general Caro. Tambien fueron repelidos los húsares que trataron de sostenerle, y muchas de nuestras piezas quedaron en poder de los españoles, quienes, poco acostumbrados á cogérnoslas, prorumpieron en gritos de alborozo. A la misma hora marchó toda la infantería de Lardizabal en contra nuestra con extremada confianza; pero el regimiento 116.º enviado á su encuentro detuvo con su aplomo á la caballería del general Caro, y luego el bravo 43.º de coraceros lanzado á toda rienda por el general Broussard sobre la infantería española rompió por medio de ella á sablazos. Desde este instante, cortado por la

mitad el centro del enemigo, vióse obligado á declararse en retirada. No solamente se recuperó la artillería francesa, sino que se tomó parte de la artillería española, y se cogieron muchos prisioneros, y especialmente al mismo general Caro.

Brevemente las dos alas del ejército, retenidas al principio, llevadas luego por el mariscal Suchet adelante, pues aunque acababa de ser herido en un hombro no abandonó el campo de batalla, se hallaron en línea con el centro. Opuesto el general Habert á la division de Zayas, empujóla del primer choque al pueblo de Pouzol, la rechazó despues hácia las alturas de Puig, de las cuales se apoderó á la bayoneta, mientras enlazando el coronel Delort la izquierda con el centro, cargaba al frente del 24.º de dragones á los restos de la infantería de Lardizábal. A la derecha los generales Robert y Chlopiski repelian á las tropas de Mahy, á las cuales acabaron de poner en derrota los dragones italianos de Napoleon á impulsos de una carga vigorosa.

Destrozados así en todos los puntos, se retiraron desordenadamente los españoles, dejando en nuestras manos doce bocas de fuego, cuatro mil setecientos prisioneros, unos mil muertos y cuatro banderas. Esta lucha, mas viva que lo eran comunmente los combates en campo raso contra los españoles, costónos alrededor de setecientos hombres entre muertos y heridos. El resultado mas importante consistía en haber abatido la fuerza moral del ejército valenciano, desalentado á la guarnición de Sagunto, y destruido la orgullosa confianza que los habitantes de Valencia tenían en sus murallas.

Despues de recoger el mariscal los trofeos de esta jornada, hizo que se intimara la rendición al castillo de Sagunto, á quien la derrota del ejército español arrebatava toda esperanza de socorro. Efectivamente consintió en capitular y nos entregó dos mil quinientos prisioneros, resto de la guarnición de tres mil hombres, que al principio de la defensa ocupaba el castillo. Este primer resultado de la batalla de Sagunto causó una viva satisfacción al mariscal Suchet, que se veía así dueño de la llanura de Valencia con el sólido punto de apoyo que acababa de adquirir en ella, y que tenía además en la ciudad de Murviedro un abrigo seguro para su artillería de sitio, sus enfermos y sus municiones. Poseyendo además en el camino real de Tortosa el fuerte de Oropesa, que solo tenía acción sobre la calzada, el de Peñíscola que solo sobre el mar la tenía, se hallaba del todo tranquilo en punto á su línea de comunicacion hasta el Ebro.

Sin embargo, no veía la hora de desembarazarse de sus prisioneros que, en número de siete ú ocho mil, le incomodaban mucho: no tenía menos anhelo por limpiar el territorio que dejaba á la espalda, pues las partidas se habían aprovechado de su ausencia para asaltar el círculo entero de las fronteras de Aragon. El Empecinado y Duran, reemplazando á Villacampa, habían forzado á la guarnición de Calatayud á rendirse; Mina, saliendo de Navarra, aunque perseguido por muchas columnas, había copado un batallón entero de italianos; y los catalanes, recuperando á Monserrate, habían hecho difficilísima la posición de la division de Frere, encargada de velar sobre Lérida, Tarragona y Tortosa. El mariscal ordenó diversos mo-

vimientos á retaguardia, encaminó sus prisioneros á los Pirineos bajo la escolta de una fuerte brigada y despachó correos detrás de correos á París para dar á conocer la situacion en que se hallaba, y la necesidad que tenia de ser socorrido al instante.

Le faltaba pasar el Guadalaviar, riachuelo torrencioso, á orillas del cual está situada Valencia, para embestir esta vasta ciudad que se hallaba ocupada por un ejército numeroso, y que, independientemente de su antiguo recinto, estaba además protegida por una linea continua de trincheras de tierra, todas erizadas de artilleria y formando un vasto campo atrincherado. A estas defensas se añadan los innumerables canales de riego, anchos, hondos, llenos de agua corriente, que formaban la riqueza de Valencia durante la paz y su seguridad durante la guerra. Obstáculos eran estos difíciles de superar y contra los cuales los diez y siete mil hombres que conservaba el mariscal, despues de desprenderse de la brigada enviada á escoltar á los prisioneros, no eran una fuerza suficiente.

Interin le llegaban los socorros que habia pedido, y que se le podian enviar de Navarra, empleó Suchet el mes de noviembre en estrechar á Valencia, trasladándose á las márgenes del Guadalaviar. Por la izquierda hizo avanzar la division de Harispe hasta el Grao, puerto de Valencia, y ordenó la construccion de tres reductos cerrados para que sirvieran á esta division de apoyo. Hacia el centro hizo tomar el arrabal de Serranos, á pesar de la vivísima resistencia de los españoles que lo defendieron palmo á palmo. Este arrabal se halla separado por el Guadalaviar de la ciudad misma. Por

medio de la zapa y la mina se introdujeron los sitiadores en tres grandes conventos que lo dominaban, y asi pudieron señorearlo. Remontándose hacia la derecha á lo largo del Guadalaviar, se ocuparon todos los lugares que se encuentran á la izquierda de este rio, que era la que ocupábamos, y nos fortificamos en ellos. De esta suerte se habia creado una larga linea de circunvalacion desde el mar hasta mas arriba de Valencia, y para cercar la ciudad por completo, solo faltaba cruzar el Guadalaviar delante del general Blake, forzar los canales que surcaban la llanura, y encerrar dentro del mismo recinto al ejército de socorro. El mariscal retardaba esta operacion, que no era la postrema, pues luego habia que tomar el campo atrincherado y el antiguo recinto, hasta la llegada de los socorros que se le habian prometido y se le anunciaban como muy cercanos.

Efectivamente, al saber Napoleon la noticia de la batalla de Sagunto, creyó concentrados en torno de Valencia todos los asuntos de España, y enlazado el destino de la Peninsula hasta cierto punto con la toma de esta ciudad importante. Verdad es que, sucediendo su conquista, vanamente intentada por nuestros ataques durante muchos años, á la de Tarragona, debia producir en la Peninsula un efecto moral casi tan grande como el que pudiera causar la conquista de Cádiz, no comparable, sin embargo, al que resultara de la ocupacion de Lisboa, pues esta última suponía la ruina de los ingleses. Asi Napoleon quiso que todo se subordinara y casi se sacrificara á este objeto de tanta monta.

Por despacho de 20 de noviembre prescribió al



general Reille que abandonara inmediatamente la Navarra, por urgente que fuera oponerse allí á Mina, y entrara en Aragon con las dos divisiones de reserva que tenia bajo su mando; al general Cafarelli que reemplazara en Navarra al general Reille para perseguir á Mina á todo trance; al general Dorsenne que supliera en Vizcaya al general Cafarelli; á José que se privara de una division para hacerla avanzar sobre Cuenca; á Marmont, distante como estaba de Valencia, que destacara á las órdenes del general Montbrun una division de infanteria y otra de caballeria que fueran á unirse por Cuenca á la que José enviase; y finalmente al mariscal Soult que llevara un cuerpo de ejército hasta Murcia. A todos escribió, y era cierto aunque exagerado, que los ingleses tenian un inmenso número de enfermos, diez y ocho mil, segun su dicho, incapaces de emprender cosa alguna; que sin peligro se podian desguarnecer las Castillas, Extremadura y Andalucía; que Valencia era á la sazón el único punto de importancia; que tomada esta ciudad quedarian disponibles una porcion de tropas, y mas tarde podrian ser trasladadas del Este al Oeste, para atacar vigorosamente á los ingleses, todas las fuerzas que ahora se hicieran afluir sobre Valencia.

Expresadas estas órdenes con exactitud summa (1) y formas de mando muy imperiosas, dirigidas ademas á lugartenientes que, por rareza, se

(1) Escribo teniendo á la vista las cartas emanadas del mismo Napoleon, lo cual no era frecuente un año hácia por haber encargado al mayor general Berthier de la correspondencia con España.

prestaban de muy buen grado á socorrer á sus vecinos, fueron ejecutadas mejor que de costumbre, y por una especie de fatalidad inherente á los asuntos de España, esta puntualidad en obedecer se obtuvo cuando no era deseable, pues el general Reille hubiera bastado para poner al mariscal Suchet en aptitud de dar cima á su empresa, y las fuerzas que se aprestaban á abandonar inútilmente sus posiciones, iban muy pronto á hacer falta en otra parte. Sea cómo quiera, el general Reille, que ya habia hecho avanzar á Aragon á la division de Severoli para contener á las partidas, siguió el mismo rumbo con una division francesa, y al frente de ambas marchó por el camino de Teruel á Valencia. El general Cafarelli le reemplazó en Navarra. José, que tenia mucho empeño en la conquista de Valencia, se privó sin vacilar de parte del ejército del centro, y dirigió la division de Darmagnac hácia Cuenca. El mariscal Marmont, que se hastiaba de su inaccion junto al Tago y hubiera querido marchar personalmente sobre Valencia, no autorizado para efectuarlo, envió allí, no sin sentimiento, al general Montbrun con dos divisiones, una de infanteria y otra de caballeria. El mariscal Soult respondió que desde el fondo de Andalucía no podia socorrer al mariscal Suchet en el reino de Valencia, y tenia razon, y procediendo en consecuencia no envió nada.

Sucesivamente vió llegar el afortunado mariscal Suchet mas socorros que habia pedido, y hácia los últimos dias de diciembre supo que el general Reille, oficial tan entendido como vigoroso, se aproximaba á Segorbe con la division italiana de Severoli, y con una division francesa compuesta

de los mejores regimientos del antiguo ejército de Nápoles. Su fuerza total ascendía á catorce ó quince mil hombres y á cuarenta bocas de fuego. Después de pasarlos personalmente revista el 24 de diciembre en Segorbe, volvió bajo los muros de Valencia y resolvió cruzar inmediatamente el Guadalaviar, para completar la acometida á la ciudad antes de que el general Blake pudiera salir de ella, ó atraer, si no salía, á una nueva division del general Freire, que se susurraba haber aparecido por aquellos contornos. Para el 26 de diciembre fijó la ejecución de este proyecto, lo cual debía permitir al general Reille ocupar á tiempo la orilla izquierda del rio que iba á ser abandonada, y apoyar el fin de la operacion.

Efectivamente el 26 de diciembre, mientras parte de la division de Habert cubria el arrabal de Serranos, trasladándose el resto á la izquierda, pasaba el rio hácia su embocadura, acababa de desplegarse en torno de Valencia, á la cual envolvía por el lado del mar, y tomaba posicion frente por frente de una altura denominada el monte Olivete. En el centro y algo mas arriba de Valencia, entrando en el agua hasta la cintura los italianos de la division de Palombini, vadeaban el Guadalaviar, y bajo el mas vivo fuego atacaban la villa de Mislata, fuertemente defendida, y sobre todo resguardada por un hondo canal de mas difícil paso que el mismo rio. Este canal es el que los habitantes llaman *Acequia de Favara*. Para apoyar este movimiento y envolver enteramente á Valencia, cruzó el general Harispe el Guadalaviar con su division por mas arriba del lugar de Manisses, punto donde se hallan establecidas las presas de agua para

torcer el curso del Guadalaviar con objeto de deramarlo por mil canales en la llanura de Valencia. Había calculado el mariscal Suchet que, evitando así el general Harispe el obstáculo de los canales, podría cercar mas rapidamente á Valencia y llegar á embestirla por la parte del Sur.

Algo se retardó el movimiento del general Harispe, porque aguardaba la llegada del general Reille, no queriendo dejar á las escasas tropas, que habían quedado á la orilla izquierda del Guadalaviar, sin apoyo. Efectivamente, de no dárselo, el general Blake, á quien se iba á bloquear á la orilla derecha, se hubiera podido salvar por la orilla izquierda, arrollando los débiles destacamentos que encontrara. Tan luego como se vió asomar la cabeza de las tropas del general Reille, que llegaban extenuadas de fatiga, avanzó el general Harispe, se apoderó de Manisses, cayó por la espalda sobre Mislata, libertó á los italianos que sostenían el combate mas penoso, les facilitó la ocupacion de las posiciones disputadas, bajó despues al Sur de Valencia, y terminó la embestida de la ciudad al acabar el mismo dia. Durante este movimiento circular en torno de Valencia, el general Mahy, á la cabeza de los *insurgentes* de Murcia y Villacampa con su division se retiraron sobre el Júcar y Alcira, no queriendo ser encerrados dentro de Valencia, y juzgando con razon que bastaba el general Blake para defenderla, si podia ser defendida, y que de quedarse, eran muchos para rendir las armas, si habia de capitular al cabo. El general en jefe destacó á los dragones para perseguir á estas tropas que iban de retirada, mas solo pudo quitarles algunos hombres y acelerar su fuga.

Esta operacion venturosamente ejecutada nos costó cerca de cuatrocientos hombres entre muertos y heridos, italianos la mayor parte, pues no hubo fuerte resistencia mas que en Mislata, completaba la embestida de Valencia, y nos daba la seguridad de que, tomada la plaza, tambien cogieramos al general Blake con cerca de veinte mil hombres. Ciertamente si la poblacion valenciana, que no ascendia á menos de sesenta mil almas, apoyada por veinte mil hombres de tropas regulares, con viveres y defensas numerosas y bien entendidas, estuviera aun animada por los sentimientos que la inflamaban en 1808 y en 1809, pudiera resistir largo tiempo y hacernos pagar su sumision muy cara. Pero los hombres exaltados y sanguinarios, que habian degollado á los franceses en 1808, se habian calmado ó estaban dispersos ó atemorizados. Tres años de guerra civil y extranjera, de correrias lejanas ya á Murcia, ya á Cataluña, habian fatigado á la poblacion activa y ardiente y gastado sus pasiones. Valencia habia llegado al mismo punto que Zaragoza, al mismo punto que otras partes de España. Con tal de que se desarmase á los que habian contraido el gusto y el hábito de las armas, ó las conservaban por amor al pillaje, cansados los demas de una tiranía insoportable y ejercida alternativamente por todos los partidos, se hallaban prontos á rendirse á un vencedor clemente, reputado por hombre de bien, y llevando, mas bien que la esclavitud, el reposo. El recuerdo de las matanzas ejecutadas contra los franceses el año de 1808, que pudiera ser un motivo para resistir de muerte á un asaltador implacable, era por el contrario una razon para rendirse

lo mas pronto posible á un enemigo, cuya blandura era notoria, y á quien no convenia obligar á mostrarse mas severo de lo que estaba dispuesto á serlo.

Obrando estos sentimientos sobre el mismo ejército del general Blake, impedian que de ninguna parte naciese la resolucion de destruir á Valencia, como fué destruida Zaragoza, antes que entregarla al enemigo. Informado el mariscal Suchet de esta disposicion de los ánimos, queria apresurar los aproches lo mas posible, con el fin de lograr la rendicion muy pronto, dado que la concentracion de fuerzas, que habia conseguido, no le estaba asegurada mas que pasageramente. Por tanto resolvió comenzar los trabajos sobre dos puntos del recinto, que presentaban circunstancias favorables al ataque. En los primeros dias de enero de 1812, el coronel de ingenieros Henri, que se habia distinguido en todos los sitios memorables de Aragon y de Cataluña, abrió la trinchera hácia el Sur de la ciudad, delante de una punta formada por la linea de obras exteriores y hácia el Sudoeste por el barrio de San Vicente. A los pocos dias fueron llevados los trabajos hasta el pie de la trinchera, si bien con pérdida del coronel Henri, justamente sentido por el ejército todo, conocedor de su valor y de su talento. No viendo el general Blake en torno suyo nada preparado para una defensa á todo trance, abandonó la linea de las defensas exteriores y se retiró al mismo recinto.

Penetrando el mariscal Suchet perfectamente tal estado de cosas, trasladóse al punto bajo los muros de la plaza, y dispuso allí una bateria de morteros para acelerar el fin de una resistencia agoni-